

la casualidad no me encamina por acá, se consumaba ahora mismo un hecho de los que no sufre un caballero andante. Salga de su carrocín vuestra señoría ilustrísima, y vea con sus ojos si mi profesión importa al mundo, y si los que la seguimos perdemos el tiempo y ganamos la fama á poca costa.

Echóse afuera el obispo, juzgando que realmente se hubiera intentado allí algún delito, y si aún era posible impedir una desgracia.

—¿Ve aquí vuestra ilustrísima esta pequeña selva cuyos árboles verde-oscuros se encumbran en forma de pirámides y derraman sobre el suelo esta densa y provocativa sombra? En verdad le digo que no iba á quedar rama sobre rama, porque este desalmado los echaba á tierra, si no llego yo aquí para librarlos de su hacha destructora. La forma bíblica usada por D. Quijote le pareció bien al obispo, y dando el hito, y por llevarle el genio, manifestó que le desplacía mucho aquel desaguisado, y se unió á él para encarecer el desalmamiento de quien así había querido matar esos hermosos gigantes de la creación. Hablaba quizás de buena fe el prelado, ya que todo pecho donde anidan los afectos nobles tiene con la naturaleza conexiones ocultas.

Un árbol que ha recibido lentamente la virtud misteriosa de los siglos, junto con la recóndita substancia de la tierra, es objeto que infunde respeto y amor casi religioso. Hay quienes destruyen en un instante la obra de doscientos años por aprovecharse de la mezquina circunferencia que un árbol inutiliza con su sombra: para la codicia nada es sagrado: si el ave Fénix cayera en sus manos, se la comiera o la vendiera. Cosa que no produzca, no quiere el especulador: para el alma ruin, la belleza es una quimera. Un menguado sin luz en el cerebro ni música en el corazón, no alcanza el poder de gozarla, ni su alma tiene los requisitos que se han menester para que den golpe en ella los portentos del universo. No se arrodilla ante el Parnaso sino el hombre delicado cuyo numen le tiene despierto de continuo, maravillándole con las obras del Omnipotente, apasionándole a las gracias de la naturaleza. ◊

Capítulos que se le olvidaron a Cervantes. Ensayo de imitación de un libro inimitable. Obra póstuma de Juan Montalvo. Barcelona, Montaner y Simón Editores, 1898. 340 pp

SED DE MAR

ESTHER SELIGSON Y EL MITO

Por Ilan Stavans

¿Por qué fueron los griegos —y no los fenicios, garamantas, escitas, babilonios, persas, egipcios, ostrogodos, hunos, etíopes, sármatas, bereberes u otomanos— los generadores de mitologías?

Porque tenían una concepción religiosa pagana. Porque desconfiaban de un solo Dios todopoderoso. Porque tenían inclinación por el teatro, la representación, y la mitología es el arte de eternizar teatralmente al mundo. Toda la naturaleza es su escenario, y la pasión de los personajes no termina jamás. Porque poseían fantásticas capacidades de abstracción matemática, filosófica, legalística, científica y logística. Porque descubrieron el valor inigualable de la alegoría.

¿Qué distingue a Ulises, Penélope, el cíclope, la nodriza Euriclea, Perséfone, Telémaco, Menelao, Anfinomo, Atenea, Circe, Telegono, Calipso, de Jesucristo, el patriarca Abraham, Mahoma, los apóstoles o la Virgen de Guadalupe? Mientras los mitos son alegorías, ficción, seres inexistentes, los personajes bíblicos, alcoránicos o evangélicos se reclamaron alguna vez concretos. Alguna vez existieron, fueron históricos. Hay teleología escondida detrás de la Biblia: el mundo tiene un principio y tendrá un fin. Detrás del mito, sin embargo, no hay nada. Además, los mitos nunca mueren mientras que los personajes bíblicos, alcoránicos o evangélicos mueren con un propósito.

Ahora bien: piense usted en la ecuación Leopold Bloom-Stephen Dedalus de la novela *Ulises* de James Joyce. Bloom es la encarnación del judío diaspórico. Dedalus, la del griego exiliado. La ecuación es ilógica, absurda: los israelitas se consagraron como monoteístas desafiando al mito. Los romanos desafiaron el monoteísmo a través de la cultura, de la fuerza. Bloom salva a Dedalus, que está extraviado y tropezado en su odisea dublínica. ¿Qué símbolo se esconde detrás de esta imagen? Dos polos de nuestra cultura: Grecia y Jerusalem, poder y evasión, alegoría y fe, concretismo y abstracción, compromiso y ausencia. La ecuación no se resuelve.

Incontables son los sitios que reproducen los mitos griegos: Robert Graves, James Joyce, la numerología, zodiaco y astrología, Homero Aridjis, T.S. Eliot y Ezra Pound, Shakespeare y la tragedia, Alfonso Reyes, los alquimistas, C.G. Jung, Sigmund Freud, Brecht, Harold Bloom, Byron, Corneille, Goethe, James George Frazer, George Steiner, entre miles. Sumemos ahora a Esther Seligson.

Después de *La morada en el tiempo* (1981), donde se intentaba reescribir la Biblia de Jerusalem, Toledo y Praga, el libro inmediatamente posterior de Seligson, *Sed de mar*, es sin quererlo la repetición de la ecuación de Joyce: antes los profetas bíblicos, Spinoza, Moisés, Mendelssohn, ahora Homero. El tema que recorre sus páginas es la distancia, el alejamiento, la infidelidad, consecuentes con el universo fantástico que manejan. En *La morada en el tiempo* era la fidelidad, la promesa, el retorno.

Sed de mar (el título es hermosamente poético) es una novela epistolar. Recuenta el enfado en que se descubre Ulises al regresar a Itaca y hallar que su esposa Penélope se ha ido. Telémaco, hijo de ambos, ha guardado en un baúl los fragmentos del diario que su madre Penélope mantuvo durante los oraculares veinte años de ausencia de Ulises. Euriclea, la nodriza, transcribió el manuscrito, editó y preparó el texto para los ojos de su patrón. De ahí sus varias omisiones y puntos suspensivos. Al hallar el material, ¿siente Ulises perplejidad o tristeza? ¿Cómo responde al hallar la carta de despedida de su mujer?

Me parece sugerente la idea: imaginemos la Biblia escrita de modo epistolar, un intercambio entre Dios e Israel. Seligson ha asumido puntos de vista distintos (cuatro) y ha desarrollado imágenes.

Se repiten acá obsesiones pulidas y modeladas en otros textos de la autora: separación y libertad de opción son recurrentes en *Otros son los sueños* (1973), el vagabundeo aparece en *La morada en el tiempo* y en *Luz de dos* (1978), la infidelidad en *Diálogos con el cuerpo* (1981).

Lejos estoy de afirmar que *Sed de mar* sea un gran libro. Cuenta de cuarenta y tres páginas, apenas suficientes para introducir el tema. El lector invoca a Marguerite Yourcenar en *Memorias de Adriano* (igual que invocaba *Opus Negrum* con *La morada en el tiempo*). Hace falta evolución, desarrollo. Y sin embargo los personajes están meticulosamente delimitados. Ulises habla como el ausente para quien "el adiós no fue una separación ni

una partida" porque "Decir adiós es alejar a la muerte, desafiarla, reducirla, deshacerse de ella porque ella se deshace de sí misma". Euriclea responde a su labor como editora: "Me preguntas por estas cartas, Ulises, tampoco yo conocía su existencia. Cuidadosamente ordenadas en la arqueta, sin fecha, sin destinatario, tal como me las muestras, es la primera vez que las veo". Pero intercala su propia opinión como consejera: "¿Nunca recibiste sus mensajes? Largas y estrechas estelas bordadas en bastidor de madera de olivo donde te hablaba de menudos acontecimientos, del vuelo de los pájaros migratorios — ¿quién hubiera dicho que con ellos buscaba huir?"

Pero el protagonista es Penélope. Nadie sabe a ciencia cierta, a partir del texto de Homero, si le fue infiel a Ulises durante su ausencia. Presumiendo su muerte, no menos de ciento doce insolentes príncipes pretendientes de las islas del reino la cortejaban: Duliquio, Same, Zacinto, e Itaca en sí misma. Muchos incluso ya habían planeado asesinar a Telémaco a su regreso de Esparta. Hay quien la acusa de andar con Amfinomio de Duliquio, de quien el fruto pecaminoso sería el dios Pan... Pero ninguno de estos argumentos tiene pruebas suficientes. La carta final de Penélope es sobrecogedora: "... es difícil saber dónde termina la desazón y dónde comienza la fe..." El ritmo musical atrapa: "Y me tocó el llamado, Ulises, un llamado que no es, no, como el de la voz de las sirenas, pues no viene de afuera ni pide ser respondido de inmediato, sino que es como un ansia de apertura, de abrir el horizonte hasta el límite de su latir profundo, y ensanchar la voz, el rostro, el mirar, hacia auroras no pisadas por tristeza alguna; con ansia de holgura inmensa en los brazos, de espacio en el viento, tan hondo y agreste, un fluir en los labios, una haritura en los dedos, un anticipado gozo de travesía..." Yo dudo que en nuestro panorama literario mexicano, con excepción de Homero Aridjis, haya alguien que escriba poesía prosificada con tal soltura, ritmo, fragilidad como Seligson. Cada personaje canta distinto, aunque todos entonan la misma canción.

Símbolos y signos que se repiten continuamente en los libros de Seligson: el tejedor, por ejemplo. Los personajes tejen mientras aguardan pacientes. Los hombres tejen su propio destino. El tejido es un reloj. Es la materia de que estamos hechos, nuestra naturaleza. Es una imagen femenina que salta hacia lo filosófico: Dios teje la historia, el hombre teje su esperan-

za. Otra imagen es el Tiempo: un río que no se detiene, un verdugo que desmejora, una válvula que nos arrebató la felicidad.

Grecia o Jerusalem, mito o religión. La ecuación no se resuelve todavía.

Desconozco por qué hasta ahora *La morada en el tiempo* y otros textos de la autora no se incluyen usualmente en listas epónimas de prosa mexicana. *Sed de mar* es una linda gema. ¡Ay, Seligson! Nos dejas siempre a merced de la poesía que tejes y del Tiempo que nos (de)colorea... ♦

Esther Seligson, *Sed de mar*. México: Artifice Ediciones, 1987, 43 pp.

MARTÍN LUIS GUZMÁN

LA HISTORIA EN UN PAÍS DE MUERTOS

Por Alejandro Toledo

Sí, la historia de México [...], la historia de esta nación donde los hombres no son grandes sino al morir, la historia de un país de muertos...

Martín Luis Guzmán

Aún en nuestro tiempo, Martín Luis Guzmán (1887-1976) es considerado autor de sólo tres libros: *El águila y la serpiente* (1928), *La sombra del caudillo* (1929) y *las Memorias de Pancho Villa* (1951). Muchos de sus comentaristas han incurrido

en esta reducción que, por reiterada, no deja de ser dudosa. Como ante Yáñez, Azuela o Magdaleno, ¿debemos lamentar la inexistencia de "una obra"? El del "villista Martín Luis", según lo califica Vasconcelos, ¿es también un universo limitado?

La moderna narrativa mexicana sigue en sus mejores representantes el vaivén de dos extremos: obras que se asumen en su grandiosa parquedad — Josefina Vicens, Juan Rulfo —, o aquellos vastos ejercicios de muchos volúmenes y pocas líneas válidas. Como en nuestra historia, los grandes proyectos tienden a desmoronarse. Por ello sorprende la lectura de la obra completa de Martín Luis Guzmán. El rigor de la escritura le permite pocas distracciones, o sólo aquellas imprudencias asumidas que sistemáticamente reúne en tomos fragmentarios como *La querrela de México* (1915), *A orillas del Hudson* (1917), *Academia* (1959), *Necesidad de cumplir las Leyes de Reforma* (1963), *Pábulo para la historia* (1977) y *Crónicas de mi destierro* (1964).

Ellos encierran quizá el aspecto menor de la obra del chihuahuense, quien prolonga tal eje a estructuras más ambiciosas en su primera experiencia narrativa de largo aliento: *El águila y la serpiente*, que fragmentario, consigue una insólita unidad. Al volumen — hermano en proyecto e intención a *México insurgente* de John Reed — José Vasconcelos le achaca con legitimidad y exceso ciertas cosas. En su comentario, Vasconcelos sólo vigila la etapa convencionalista narrada en *El águila*, y encuentra en ella "confusión". Lo de menos son las inexactitudes:

"En este caso — afirma Vasconcelos — le ocurre a Martín lo mismo que a tantos otros que se dicen desorientados ante una situación en que no supieron

